

Queridos amigos:



Recibid mi primer saludo de papel que lleva la timidez y el miedo de quien no sabe si sabe utilizar las palabras apropiadas.

En un cuento lleno de fantasía Martín Garzo (*La princesa manca*) se describe a Esteban, un muchacho solitario que vive en el bosque y al que un buen día le dan un cofre que contiene la mano sorprendentemente viva de una princesa. Se trata de un relato que reivindica los sentimientos humanos más nobles. En él se entrecruzan varias historias y de fondo aparece una pregunta: ¿a quién le falta esta mano que desborda amistad? En el cuento aparece también la ciudad de las mujeres mancadas, quizá también princesas. Parece como si el autor percibiera un vacío humano que busca sin saber qué.

Existe además un cuento popular que habla de una princesa manca que espera a su rey en el castillo mientras éste está en la batalla. Los dos se escriben queriendo hacer resistente su amor a la separación, pero las hermanas del rey, sin que sepamos por qué, cambian las cartas verdaderas por otras llenas de resentimiento y desapego, de tal modo que crean una distancia ya no sólo física sino interior que termina por separarles antes de que vuelvan a verse personalmente. Los dos rehacen su vida, pero ésta ha perdido algo propio y necesario para su plenitud.

Cuando los leí creí reconocer a esta sociedad de princesas (y príncipes) mancadas que ha dejado que en su interior se cree una neblina que no permite ver el rostro de un Dios que era parte normal de su historia. Un Dios que está lleno de vitalidad y compañía, un gran tesoro. De hecho Esteban, el protagonista del relato de Garzo, encuentra la mano en un cofre y debe descubrir que es su propia mano, lo que le faltaba a él, que estando lleno de posibilidades vive en la soledad y la confusión del bosque. ¿Cuántas veces escuchamos en nuestro interior voces que visten a Dios de duro, lejano, insensible, extraño, inútil, inexistente... o un bien tan poco valioso que se puede tener guardado en el trastero de la propia vida sin una mínima visita que sea de cierta calidad? Y ¿no nos quedamos así mancados? ¿Qué hermanas del rey deformaron nuestra relación?

Quizá ni la intención de Garzo ni la del cuento popular fueran hablar de Dios, quizá el vacío que se describe en *La princesa manca* se pueda llenar con otra cosa. Tú ¿qué dices? Porque me da la sensación de que no hacemos otra cosa que intentar llenarlo a base de realidades que nunca consiguen ocultar que seguimos llenos de soledad y confusión en el fondo de nuestra vida. Habrá también algunos que digan que es una ilusión creer que los humanos tenemos dos manos, que la realidad es que somos mancados aunque no queramos reconocerlo y que buena gana de buscar; que hay que vivir con “lo que hay a *mano*”, y punto. Yo no me conformo con esta respuesta. También os he de confesar que en mi cofre, donde está Dios, a veces veo dudas y que no siempre me resulta fácil cargar con él, pero ciertamente es un tesoro que no destruye como hacía aquel del Señor de los anillos agotando a quien lo poseía. Quizá eso pase con otras realidades como podéis descubrir a poco que miréis con atención nuestra sociedad.

Muchos habéis traído el cofre, pero lo habéis escondido para que nadie lo vea (*¡nadie vinisteis a la eucaristía a pedir juntos a Dios que nos ayudara en este curso!*). No sabéis cuánto me gustaría que pudiéramos hablar de los bosques en los que andamos perdidos, de los senderos que nos guían, de las alegrías que encontramos y, sobre todo, no sabéis cuánto me gustaría poder compartir con vosotros la riqueza de la mano de Dios que nos busca para poner en nuestra pequeña vida la fuerza de su gracia y conducirnos a la ciudad sin mancados. ¿Queríais hablar y rezar juntos alguna vez?

Te reitero mi ofrecimiento de compañía, diálogo y oración, y te invito a participar en las actividades que desde la capellanía te ofreceré.

Un saludo. Paco.